

LA VISITA DEL COMENDADOR

Paloma Díaz-Mas

PALOMA DÍAZ-MAS

(Madrid, 1954)

Es doctora en Filología Románica y licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid. En 1973, con apenas diecinueve años, publica su primer libro de relatos, *Biografías de genios, traidores, sabios y suicidas según antiguos documentos* (Editora Nacional, 1973). Su primera novela, *El rapto del Santo Grial* (Anagrama, 1984), queda finalista del I Premio Herralde de Novela. Ha publicado las novelas *El sueño de Venecia* (Anagrama, 1992), que obtuvo el X Premio Herralde, y *La tierra fértil* (Anagrama, 1999), premio Euskadi y finalista del Premio de la Crítica. Es también autora de un libro de viajes, de las memorias *Como un libro cerrado* (Anagrama, 2005) y de varios relatos. Durante muchos años fue profesora en la Universidad del País Vasco y actualmente es investigadora del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC en Madrid.

SE HABÍA INCORPORADO CON ESFUERZO, SINTIENDO LA PESADEZ de unas articulaciones inexistentes, de unos músculos de piedra. La luz de la luna producía reflejos marmóreos en el manto blanco mientras el Comendador se internaba en unas callejas cada vez más retorcidas y llenas de vericuetos. Sus pasos retumbaban en las guijas del pavimento, hacían retemblar las fachadas como el eco lejano de un terremoto. Era principios de junio y durante el día había hecho mucho calor en Sevilla, pero la noche era suave y serena, bañada por una leve brisa que subía del río. Una noche para gozar y descansar del agobio del día, aunque el Comendador, procedente de las tinieblas y arrebatado por el odio, no se daba cuenta.

En el pecho duro, bajo la cruz de Calatrava bien labrada en un jaspe rojizo, le ardía una tormenta de cólera y rencores. Había llegado, por fin, la hora de su venganza; una venganza fría, largamente meditada en la oscuridad húmeda de su sepulcro, en las largas horas de silencio y

vermes. Sabía muy bien lo que hacer: primero, aparecería ante el pecador, llenándole de espanto. El corazón helado del Comendador se llenaba de júbilo imaginando el miedo, el terror de don Juan al comprobar que él había aceptado su invitación y su reto: levantarse una noche del sepulcro para ir a cenar a casa de don Juan. Luego llegaría el momento de devolverle la invitación con un regalo envenenado, una comida de ceniza, sierpes y alacranes, en la que el burlador bebería, en vez de vino, el fuego del infierno. Solo después de haberse vengado podría don Gonzalo de Ulloa descansar, por fin, en paz.

No le resultó difícil reconocer el palacio de los Tenorio. Lo había visto muchas veces, en vida; pero ahora, tras pasar algún tiempo en la morada estrecha, lóbrega y oscura, donde ni comen ni beben, la casa le pareció más espléndida que nunca. Admiró un momento la fachada sobria, las ventanas coronadas por frontones a la manera romana y la finura del trabajo de los canteros en los grutescos enmarañados que decoraban las jambas de la puerta; dos salvajes de piedra arenisca esculpidos en medio bulto, con el cuerpo cubierto de pieles sin curtir y portando sendas mazas, flanqueaban la entrada.

Llamó con puño firme, sin usar la aldaba, golpeando con toda la energía de su brazo la puerta tachonada de clavos. En la plazuela desierta resonaron los golpes como tiros de arcabuz. Si don Juan, muerto de miedo, se

negaba a abrir, estaba dispuesto a echar abajo esta puerta y todas las que se interpusieran en el camino de su venganza. Estaba decidido a atravesar las paredes, si era preciso.

Pero no hizo falta. Al cabo de poco, un criado tembloroso y profundamente pálido entreabrió un postigo calado en la misma puerta, asomó la cabeza de cabellos erizados y le preguntó qué quería. Él, sin revelar del todo su identidad, se presentó como lo que era: un huésped que venía a cenar, convidado por el señor de la casa. El criado debía de estar ya advertido porque, sin dejar de temblar, abrió de par en par la puerta principal y le franqueó el paso.

Precediéndole con un hacha de luz cuya llama oscilaba al ritmo del temblor de la mano portadora, el criado le hizo atravesar estancias espléndidas; pero, cuando el Comendador creía que iba a guiarle escaleras arriba, hacia las estancias nobles de la casa, el criado lívido le hizo pasar al segundo patio del palacio.

Allí, al aire libre, estaba puesta la mesa, aderezada como para un banquete de dos comensales.

Un arrebató de indignación le subió a la cabeza gélida. ¿Qué grosería era aquella de recibir a un Comendador de Calatrava en el patio, como si fuera una amante o un aparceró de las fincas de los Tenorio en Aznalfarache, en vez de ofrecerle un recibimiento como convenía,

en la sala de respeto de la casa? Y añadió a la cuenta de sus agravios una ofensa más; una ofensa pequeña, pero que, sumada a las otras, hacía aún más grave el producto final, inclinaba un poco más la balanza del juicio individual hacia el lado de la condenación del burlador.

Pero ya don Juan se había levantado de la silla de respaldo cubierta de cojines y se acercaba a su encuentro, tendiéndole las manos con una sonrisa cordial.

—Perdonad que os reciba en el patio —se adelantó a decir don Juan—, pero la sala de respeto está en la fachada que mira al sur y en estas noches de verano resulta sofocante, sobre todo si se encienden muchos candiles para alumbrar la mesa. Aquí da fresco la humedad del aljibe, nos ilumina la luz pura de la luna y se respira mejor, ¿no es verdad, Comendador?

Optó por no responder, sumiéndose en un silencio torvo. La ligereza del saludo, tratándole de igual a igual, y la aparente falta de temor de su enemigo le habían irritado. Decidió que a partir de aquel momento no hablaría: sería como una tumba. Su anfitrión se dirigió al criado, que tiritaba —y no de frío— en un rincón del patio, medio oculto en la sombra de una de las columnas romanas que sostenían los arcos de medio punto.

—Ciutti —le dijo—, acomoda al señor Comendador.

«Quien se sirve de italiano marrullero, es señor trapacero». Don Gonzalo de Ulloa, al oír el nombre italiano

del lacayo, recordó el refrán, que advertía contra los españoles que tomaban como criados a los naturales de Italia. Hacía muchos años que no oía el dicho, desde la época juvenil en que estuvo en Nápoles, al servicio del rey su señor. ¡Cuánto tiempo había pasado! La punzada de nostalgia se vio enseguida sustituida por otro arrebato de indignación: ¿cuántas mujeres seducidas y abandonadas había añadido don Juan Tenorio a su lista durante los escasos ocho meses que pasó en Nápoles? Algunos decían que doscientas cuarenta. ¡Y en España eran ya mil y tres! No merecía la muerte, no: merecía la condenación eterna, un interminable instante (momentáneo, pero infinito) de sufrimiento insoportable por cada mujer engañada, por cada hombre infamado en su honor.

El criado acercó una silla de respaldo y ayudó al Comendador a acomodarse en ella. Era de una madera exótica, ligeramente olorosa (¿sándalo traído de la India, quizás?) y gracias a los cojines de velludo con borlas de seda resultaba cómoda, incluso para un cuerpo de piedra. La luna extraía un resplandor brillante de los manteles blanquísimos de lino, finamente bordados por manos de monjas. Y otra vez se le subió a la cabeza una borrachera de odio: aquel descreído tenía el cinismo de usar un servicio de mesa elaborado entre oraciones por mu-

jerres santas, dedicadas a Dios; unas vírgenes cuya pureza don Juan había mancillado con la misma despreocupación con que manchaba aquellos manteles cuando comía. En su imaginación se fundieron las manchas de vino y grasa de carne sobre los lienzos níveos del mantel y otras manchas, más vergonzosas, sobre los blancos hábitos de las novicias. Sobre la marcha, cambió de planes: no habría una segunda invitación a cenar, no se expondría a que don Juan, hábil enredador, se zafase de su convite al banquete de culebras y alacranes, de polvo y ceniza. Había venido a matar, y no se iría sin matar.

Sin embargo, sin reflexionar en lo que hacía, tomó el pequeño lienzo bordado que cubría el plato y se lo colocó mecánicamente sobre el pecho, para no ensuciarse el hábito con la comida; inútil precaución, porque no pensaba comer. ¿Por qué lo había hecho? Sin duda, la costumbre de muchos años de mundana cortesía había dirigido aquel gesto.

El criado trajo una jofaina de plata y con una jarra de plata sobredorada le ofreció agua a las manos. El Comendador reconoció en el aguamanil la marca de uno de los mejores orfebres sevillanos. El chorro salía algo tembloroso de la boca del jarro, pero el agua perfumada con pétalos de rosa le dio cierto alivio al resbalar mansamente sobre sus manos de mármol. Un mármol que había empezado a arder de cólera como si estuviera

puesto al sol, y que ahora se calmaba con la caricia del agua fría.

Después del lavamanos, la comida empezó con frutas, graciosamente ofrecidas a la manera rústica, sobre paja fresca en cestillos de mimbre. Allí estaban la pera bergamota, las uvas negras y blancas, manzanas de san Juan y toronjas endulzadas con azúcar de las Indias. El Comendador, envuelto en aromas frutales, estaba decidido a no comer; pero llegó entonces un cestillo de higos tempranos, negros por fuera y henchidos por dentro de granillos color bermellón, con su cristalina gotita de miel en el pedúnculo que había unido la fruta con la rama, y no pudo resistirse: los higos le gustaban mucho o, mejor dicho, le habían gustado mucho cuando estaba vivo. Tomó uno y luego otro y otro, y de los higos pasó a las toronjas y después a las peras, a las ciruelas claudias, tan menudas y dulces, y hasta se atrevió a probar los mangos de color dorado, que le supieron a una mezcla de flores y resina. Nunca le había sabido la fruta tan sabrosa y, aunque por un instante quiso recordar que fue la fruta el origen del primer pecado de la Humanidad, desechó enseguida ese pensamiento. Nada hay de reprobable en comer los frutos que Dios nos da antes de ejecutar una venganza.

—Tomad y comed cuanto gustéis, señor Comendador—decía el amo de la casa.

Y el Comendador tocaba las frutas para ver si estaban

maduras y comía de ellas y empezaba a sentirse como Adán en el Paraíso.

Don Juan, entretanto, ejerciendo de buen anfitrión, daba conversación a su huésped. Comenzó hablando, cómo no, del tiempo, tema socorrido cuando aún no se ha encontrado un asunto de interés: el gran calor que había hecho durante el día y cómo, al atardecer, había empezado a refrescar, para alivio de todos. Habló después de las plantas que crecían en las macetas y arriates del patio, que al dueño de la casa le gustaba cuidar personalmente; don Juan se reveló como un experto jardinero, que conocía los nombres y propiedades de todas las plantas, para sorpresa del Comendador, que nunca había prestado demasiada atención a las cosas de la naturaleza. ¿Así que aquel aroma que había notado desde el principio, embriagador y un punto acre, no era el de los jazmines, como creía, sino el de la dama de noche? ¡Dama de noche! Valiente nombre para una planta del patio de los Tenorio.

El criado, que parecía algo menos descompuesto que al principio, ofreció a los comensales agua enfriada con nieve, para que se desempalagasen del dulzor de la fruta. Por decir algo, el Comendador recordó cómo, en Lisboa, había visto a los vendedores ambulantes que traían nieve de la sierra de Estrella. Don Juan conocía bien Lisboa por haber vivido en la ciudad casi un año: evocó los

magníficos edificios de los conventos de Belén y la Misericordia, el gran espacio que llaman el Terreiro, que se abre ante el palacio real y toca con el curso del Tajo. Don Gonzalo de Ulloa le contó cómo, durante su estancia en la ciudad, se había alojado en un palacio a orillas del río, tan cercano a las aguas que a veces, cuando los pescadores echaban sus atarrayas, al sacarlas llenas de peces, algunos pececillos despistados entraban por las ventanas de la casa y agonizaban sobre las baldosas de la sala.

Rió don Juan y, por honrar a su convidado, le escancié él mismo el vino. Los platos de respeto eran del mismo taller de platería que el aguamanil y el del Comendador tenía, por más gala, un sestercio romano engarzado cerca del borde; pero las copas eran de un fino cristal y permitían gozar del color del vino, sobre el que rielaba el brillo de las llamas del candelero que iluminaba la mesa, sacando reflejos de color rubí.

El criado trajo dos platos de cerámica de Valencia llenos de ostras. El Comendador se animó a probarlas por la rareza del manjar, que nunca había comido. Luego llegó un plato de mero guisado con azafrán y almendras.

Los platos valencianos les llevaron a hablar de Valencia, otra ciudad que don Juan conocía bien (¿y cuál no?). Pero no sabía que el Comendador había nacido en ella y se había criado en el palacio que llaman de Fuentehermosa; don Juan dijo —aunque probablemente mentía—

que lo envidiaba por tener tal tierra natal. Y se puso a hablar de la belleza de las mujeres valencianas, de las nobles y las plebeyas. Las damas valencianas eran tan graciosas como las sevillanas, y mucho más leídas; y luego, la lozanía de las pescadoras de la Malvarrosa, los ojos turbadores de las moriscas que cultivaban la huerta...

El Comendador empezaba a irritarse. ¿Cómo se atrevía este cínico descarado a hablar de mujeres en su presencia y, sobre todo, a alabar la belleza de otras después de haberle deshonrado a la hija? Además, ¿qué pensaba, que era él el único capaz de apreciar la belleza de las valencianas, el único que había tenido amores? ¿Le tomaba por un niño de escuela? Él, el Comendador, también había hecho de las suyas cuando era más joven y, sobre todo, cuando estaba vivo, condición indispensable para amar. Así que contó, con sobriedad y sin perder la gravedad debida, algunos de sus lances más famosos en materia de amores. Incluso, mientras evocaba la blancura de las carnes de una dama a la que había amado mucho, creyó sentir que se desperezaba su deseo; pero era imposible: bajo el hábito de piedra no había más que piedra maciza.

El criado trajo dos pequeños lebrillos con agua, en la que flotaban hojas de hierbabuena, para que se enjuagasen las manos después del pescado. Don Juan le dijo que despabilase las velas y trajese pronto la vianda, no se fuera a enfriar.

Llegó una fuente con un francolín asado, relleno con ciruelas y manzanas. Por hacer más honor a su huésped, el mismo amo de la casa trinchó la carne. Y mientras lo miraba despiezar hábilmente el ave —parecía tan diestro con el trinchante como se sabía que lo era con la espada—, el Comendador se dio cuenta de que don Juan era el hombre más hermoso que había visto nunca. Ciertamente, sus rasgos no eran del todo regulares: la nariz un poco grande, la boca de labios demasiado finos; pero de él emanaba un encanto singular. Los ojos, negros y de larguísimas pestañas, tenían una mirada honda, entre melancólica y burlona; los cabellos oscuros y el mostacho bien recortado resaltaban mejor la blancura de la piel, un poco atezada por el sol; y, sobre todo, las manos, finas pero nervudas y viriles, eran tan expresivas que parecían hablar. Y luego aquella voz, profunda, seseante, armoniosa, un poco baja, que invitaba a acercarse para oír mejor. Cualquier mujer podría sentirse seducida, puesto que resultaba atractivo incluso para un hombre.

¿Para un hombre también? Se había hablado mucho en Sevilla de la estrecha amistad del hijo de don Diego Tenorio con algunos jóvenes caballeros de las mejores familias de la ciudad. Luis Mejía, el marqués de la Mota, todos ellos ricos, cultivados y elegantes, compañeros de travesuras, de enredos y de lances amorosos hasta que los mismos enredos minaron su amistad e incluso, en al-

gún caso, llevaron a un final trágico. «Sábanas y manteles, de un mismo lienzo se hacen», decía el refrán. ¿Habían pasado de los manteles a las sábanas algunos de aquellos compañeros de diversiones y banquetes? El Comendador nunca había dado crédito a aquellas hablillas, convencido de que a Juan Tenorio lo único que le gustaban eran las mujeres; pero ahora ya no estaba tan seguro. Cualquier cosa puede esperarse de unos jóvenes ociosos, refinados y ávidos de todos los placeres.

Comieron el francolín en silencio, saboreando la ternura de la carne, la dulzura de los frutos del farcimento. Parecía que habían llegado a ese punto de armonía en que dos personas pueden estar juntas sin necesidad de hablar; pero, por las dudas, y para evitar que su convidado se aburriera, don Juan empezó a contar de Nápoles, donde el Comendador había estado al servicio del Rey nuestro señor.

Don Juan también había pasado en Nápoles algún tiempo. Allí frecuentó a algunos caballeros de edad que habían conocido y tratado al famoso poeta Garcilaso de la Vega, cuando estuvo allá tras su destierro en Ratisbona. Y don Juan, con su voz seseante sevillana, recitó con elegancia uno de los famosos sonetos del toledano:

*En tanto que de rosa y de azucena
se muestra la color en vuestro gesto*

*y vuestro mirar ardiente, honesto,
enciende el corazón y lo refrena.
En tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto,
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento escoge, esparce y desordena,
coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.
Marchitará la rosa el viento helado.
Todo lo llevará la edad ligera
por no hacer mudanza en su costumbre.*

Claro, así era como las seducía: recitándoles poemas en los que se invitaba a gozar de la alegre primavera de la juventud, antes de que la vejez convierta en canas los cabellos de oro. Y ellas, inocentes, le entregaban su prenda más preciada a cambio de un dulce fruto que pronto se tornaba amargo. De la indignación, se echó al colete un trago de vino tan bruscamente que sintió, como cuando vivía, un ardor de fuego líquido desde el vientre hasta la cabeza. Pensó confusamente: «¿Puede emborracharse un difunto?».

El criado vino a llevarse los platos. Ya no estaba pálido, sino más bien coloradote, y el Comendador dedujo que, a la sombra de los arcos romanos, se había dedicado a apurar el vino que sobraba en las copas.

De postre se sirvieron frutas de sartén: hojuelas, pestiños y, en honor del huésped, flores de masa con la cruz de Calatrava. Lo acompañaron con un vinillo de Málaga dulce como un jarabe.

Y tras los postres, mientras picaban unas almendras garrapiñadas y unos huevos de faltriquera hechos por las clarisas, don Juan le pidió a Ciutti que trajera la vihuela, que le apetecía tañer y cantar un poco para solaz de su convidado. Era fama —recordó don Gonzalo— que el joven Tenorio tocaba muy bien y cantaba todavía mejor.

Templó un poco el instrumento, se aclaró la voz y empezó la música con aquel romance que dice:

*Por el mes era de mayo
cuando las grandes calores,
cuando los toritos bravos,
los caballos corredores,
cuando los enamorados
regalan a sus amores:
unos les regalan lirios
y otros les regalan flores.
Sino yo, triste de mí,
que vivo en estas prisiones,
que ni sé cuándo es de día
ni tampoco si es de noche.*

Así estaba él, pensaba el Comendador: viviendo en la prisión oscura de la tumba, mientras los enamorados regalaban a sus amores. Su anfitrión le notó un poco melancólico, así que pasó a las seguidillas, que es tono más alegre:

*Arenal de Sevilla,
qué bien pareces,
con las galeras blancas
y ramos verdes.*

Se solía cantar por san Juan, la noche en que cada cual busca sus amores, el disanto del Tenorio. Y el Comendador sintió la dulce nostalgia de los recuerdos de aquellas fiestas de san Juan en Sevilla, con el calor de finales de junio; y también de los primeros días de mayo, con sus cruces de flores en las plazuelas y las enramadas en las ventanas, adonde acudían de noche los rondadores a cantar a las mujeres que amaban.

Un airecillo un poco más fresco empezó a agitar los manteles y las hojas de los jazmines y de las hiedras que trepaban por las columnas del patio y alcanzaban la galería alta de la casa. Se insinuaba una luz de alba, a lo lejos se escuchaba una campanita llamando a oración, y el Comendador se dio cuenta de que tenía que marcharse, porque la luz del día no debía sorprenderle fuera de su sepulcro.

Se levantó para despedirle. Cortésmente, don Juan no consintió que le guiase el criado: él mismo le acompañó hasta la huerta de la parte trasera del palacio y le hizo salir discretamente por un portillo que daba a una calleja, para que en la dudosa luz del amanecer no corriese el riesgo de cruzarse con nadie.

—Volved cuando queráis, Comendador —invitó amablemente el Tenorio.

—No puedo devolveros el convite —dijo—, porque estoy en la casa donde ni comen ni beben. Mi comida sería de culebras y alacranes, de polvo y ceniza.

—Volved de todas formas, aunque yo no os devuelva la visita.

—No volveré jamás.

—Jamás es mucho tiempo. ¡Cuán largo me lo fiáis! Las puertas de mi casa están abiertas, lo sabéis ya.

—No volveré jamás —repitió. Aunque sabía que volvería.

Volvería, pero no para matar, sino para sentirse vivo.